



GARCÍA LORCA en ALUSTANTE



Más de cuatrocientas personas siguieron en el frontón abierto de Alustante la representación de "La casa de Bernarda Alba" magníficamente interpretada por la agrupación de teatro de la asociación cultural "La Migaña", de Maranchón.

Del primer al último silencio impuesto por el acontecer de los hechos, la atención del público no se rebajó en ninguno de los tres actos de esta tragedia, merced a la pasión puesta por las actrices, bien acompañadas por la disposición del equipo escenográfico de luces y de sonido. Escrita en 1936, pocas semanas antes de ser asesinado, Federico García Lorca no la vería representar en ningún teatro, aplazándose su estreno en España hasta 1964. Sesenta y dos años después de haber sido escrita, podían asaltarnos -antes su estreno en una población rural- algunas dudas, pronto disipadas, pese a contar con un público tan heterogéneo como es el del aluvión estival, que comprendió su contexto, entendió su mensaje y, en definitiva, dejó sentenciado que aún tiene vigencia.

Por el respetuoso silencio de los espectadores y los comentarios en los breves intermedios y al final de la velada, debo decir que fue un acierto la elección de esta obra en conmemoración del "año de Lorca", la increíble interpretación dura, hierática, magnífica, como magnolias de acero, de las mujeres que constituyen el cuadro artístico de la agrupación, e, incluso, el marco elegido, posible solo en nuestros pueblos, de representar a cielo abierto una obra tan hermética y asfixiante, que transcurre en un único espacio, cerrado, sin otro balcón que aquel en el que las artistas se volcaron y dieron todo lo que llevan dentro.

En 1936 España moría en un mar de lutos. Silencio. A callar. Eran expresiones habituales entre los vivos. Todos teníamos que permanecer callados, desde el primer silencio, al ver la disposición de unas sillas vacías, el velatorio de Antonio María Benavides, el hombre ausente, pero presente en Bernarda Alba. El conflicto entre el principio de autoridad que encarna Bernarda y las ansias de libertad, representadas por las hijas, son / se siente desde el primer instante el preludio de un trágico desenlace. Bernarda impone prohibiciones, todo tipo de limitaciones y constricciones en una casa cerrada, por el deseo clasista de no mezclar su sangre con cualquiera, por el orgullo y prejuicio de qué dirán, y por la necesidad consiguiente de aislarse, vigilar y no admitir ninguna desviación ni la menor protesta.

Bernarda Alba no es solo la mujer autoritaria y fría, que toma el relevo del cabeza de familia, según la van definiendo desde la primera escena en la que aparece fregando la criada y la Poncia, sino una mujer sin sentimientos, cruel y tirana. Bernarda y sus hijas permanecen durante toda la función frente a frente, aisladas, comunicadas, sin poder hacer otra cosa que obedecer, pues la dueña y señora sólo habla -de tú a tú- con su ama de llaves y, para dar órdenes, a su criada.

Silencio es la primera y la última palabra de la representación. La obra empieza con un luto y terminará con otro luto, tras la rebelión de la hija menor. "La hija menor de Bernarda Alba ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!" La buscada artimaña y el juego de palabras desde su primera representación privada en la noche del 12 de julio en Madrid, en casa del Doctor Oliver, ante sus amigos Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, estaba servida, porque ningún público puede permanecer impasible.

Aplaudirá a rabiar -como todos lo hicimos- identificándose con las hijas y denostando a Bernarda Alba. El argumento lo tomó Federico de las hoscas inquilinas de una casa extramuros de Asquerosa (desconcertante nombre de una población de Granada, que hoy se llama Valderrubio), a cuatro kilómetros de Fuente Vaqueros donde trascurrieron los veranos de su juventud.

Los habitantes de las muchas casas hoy deshabitadas de Alustante y de Maranchón nos llevamos, sin duda, un magnífico recuerdo del trabajo de esta compañía de teatro inestable y de sus actrices, desde la primera hasta la última, en su difícil papel.

Imposible es al, más crítico, simple relator, hacer referencias personales, más allá de una inolvidable jornada que hace que el Día del Teatro sea único y recordado para siempre.

Juan Carlos Esteban